

CUENTO

LOS COLORES DEL METRO

Por: Estela Leñero



Juventino Felguerez sale volando de su habitación para tomar el metro. Llega y hace una cola de media cuadra, mira el reloj. Limpia los zapatos, arregla el pelo y se estira el pantalón ¡Es muy tarde!

Llega su turno, los vidrios y el agujero: un agujero donde se asoman dos ojos, dos canicas viendo a la cara. Un boleto por favor. Introduce el cartón rosa con manchas negras en esa máquina que deja pasar si quiere. No molestes máquina que traigo prisa. Traigo prisa aunque me pique el calcetín, traigo prisa aunque sueñe en la playa. La playa mmm. . . la playa. Dos olas tres ¡un tiburón!; no, eso no se puede decir cuando se piensa en la playa. Olas, sol, mar, el tiburón se come mi pierna: eso no se puede pensar cuando se habla de la playa. La arena, granitos de sol ¿o de infierno?; no. De repente volteo y sin querer camino. Camino contra mi voluntad.

Por fin me subo, aunque no quiera subir. Paso una, dos, tres estaciones, hay que bajar. Una voz del fondo del carro dice: no hay paradas, hemos llegado al trabajo. ¿Cómo que al trabajo? si aquí, es un carro del metro. Aquí es su trabajo, señor Felguerez ¿Felguerez es su nombre, no es así? Mmm. . . pues sí, más bien no; soy Juventino, se ha equivocado. Usted es Juventino pero para mí es Felguerez, nombre extraño, se me figura al pintor, ese famoso. No señor, yo soy Juventino albañil. Pero a mí me han dicho que es Felguerez y que es pintor; por eso aquí, en este carro del metro es su trabajo.

Le voy a explicar. Su trabajo consiste en algo sencillo, pero minucioso. Hay que pintar las caras de los que ocupan este carro. Verdes, rojos, azules y negros si los cree muertos, blancos si los cree buenos, rojos si los cree vivos, eso queda a criterio personal. Pero eso sí, le advierto: si se equivoca se meterá en problemas.

Juventino, desconcertado, mira sus zapatos ¿o mira a sus pies? ¿o sus dedos?. ¡Ay dedos, miren en lo que nos hemos metido! ¿de qué color los pintare? Se acerca a su primer objeto de trabajo. Lo mira de arriba a abajo: su camisa azul, su pantalón verde, su cara café ¿De qué color será?. Hablo con él y me dice que viene del campo. El campo es verde, pero también hay flores rojas y azules. También hay muerte, hay negro. Lo dejaré pendiente.

Me acerco a un hombre regordete, por lo que su cara es rosa; su boca se abre y empieza a hablar, su historia no es rosa sino gris. Se le murió su esposa, se cayó de un escalón del autobús, se machucó un ojo y se le cayó un diente; a lo mejor su historia es morada por los moretones que le ha causado su vida. Lo pintaré de morado.

Una joven bien sentada y bien pintada me mira ¿Será blanca? Me acerco y su cara estaba pintada con polvo de maquillaje. A pesar de eso yo la tengo que pintar pues es mi trabajo. Su falda es verde y su blusa azul ¿De qué color será su corazón? Hablo con ella y me cuenta su historia. Río, lloro y enfurezco. ¿De qué color será todo esto?

Ya cansado hablo con otros tantos y los pinto. De pronto me doy cuenta que me miran. No les gustó el color que les pinté. Se miran y me miran ¿De qué color seré yo? El que me contrató tenía razón: si te equivocas te verás en problemas. Pero no todos están enfurecidos conmigo. Al que pinté de blanco se siente feliz, cree que es un ángel y vuela de un lado a otro del carro. Los morados y los negros le gritan que se esté quieto, que el color que le pintaron no tiene nada que ver con que sea un ángel. El ángel se cree ángel. Con esto ha cambiado mi vida, dice. Yo era negro, morado y gris, y esos colores no me gustaban. Ahora puedo ser blanco y puedo volar, soy un ángel ¿o un arcángel?, le preguntaré a Dios.

Sorprendido de lo que ha provocado su obra de arte, el pintor observa a los grises y los ve tristes. ¡No queremos ser grises!, repelan; así todo es triste, es como tener lentes oscuros. ¿Qué puedo hacer?, se disculpa el pintor, éste es mi trabajo. Pero el gris no es tan triste, es elegante también; ustedes se ven muy elegantes.

Como era de esperarse, muchos han quedado pendientes. El pintor no sabe de qué color pintarlos y ellos no saben de que colores son. A veces son verdes y a veces son rojos, azules o amarillos. ¡Tengo una idea! No necesariamente tengo que pintarlos de un color permanente. Les preguntaré de que color se sienten en ese momento y rápidamente los pintaré. Después se podrán sentir verdes o azules, por ejemplo, y les cambiaré de color. Serán de muchos colores pero al mismo tiempo serán de un solo color.

A todos les emociona la idea. Empieza a pintarlos. El ángel blanco ya tampoco quiere ser blanco y le pide al pintor ser rojo, quiere ser vida. El trabajo aumenta y el pintor se siente cansado y preocupado por no saber de qué color es. La gente lo llama, le grita, se enoja y se ríe. Quiero ser rojo, grita uno. Yo azul, grita otro. Los botes de pintura arrinconados en una esquina, atravesados por una barra de metal se balancean. La gente los mira. Los botes de pintura tienen ahora ojos. Los huelen, los tocan. De pronto una persona sumerge el dedo en un bote de pintura azul, y exclama ¡puedo ser azul por mí mismo! Todos se le acercan y ven cómo se pinta. Todos nos podemos pintar. Cada quien escoge el color que quiere ser y se pinta, pero no puede hacerlo solo. Necesita que le pinten la espalda, las manos y las partes del cuerpo que no están a su alcance. Todos se pintan a todos. El pintor está feliz, no necesita trabajar tanto. ¿Pero y su color? Sumerge su dedo en un bote de pintura cualquiera; puedo ser de algún color, dice, y todos los que le rodean emocionados le ayudan a pintarse. ¡Quiero ser azul, quiero ser rojo, morado, verde, quiero ser vida! grita con todas sus fuerzas.

Todos pintados se observan y se abrazan. ¿De qué color será el carro en el que estamos subidos: Yo creo que es azul, yo creo que es rojo. No, verde; ¿o morado? Nadie se pone de acuerdo, todos discuten con todos. Ya cansados de discutir deciden pintar cada quien una parte del carro del color que quieren.

Unos se juntan con otros pues coinciden en el color; otros pintan solos, pero nadie ha escogido al violeta y parece estar excluido de la obra. Así, apartar una zona del carro para los colores que no han sido escogidos por nadie y entre todos la pintan.

Hemos construido una obra de arte y nosotros somos parte de ella.

